

## **Palabras del Alcalde de Madrid**

Presidente del Gobierno; Presidente del Congreso de los Diputados; Presidente del Senado; Presidenta del Tribunal Constitucional; Presidente del Consejo General del Poder Judicial; Ministro de Justicia; Defensor del Pueblo; Magistrados; miembros del Gobierno de la ciudad de Madrid y miembros de la Corporación municipal; autoridades; señoras y señores:

El Ayuntamiento de Madrid, en respuesta a una acertada invitación del Tribunal Constitucional, ha querido recordar a Francisco Tomás y Valiente con un monumento que no pretende conmemorar su muerte hace ahora diez años, sino, antes al contrario, la presencia viva de su magisterio en tantas facetas de nuestra convivencia. Por eso, no hablaré de las circunstancias de su asesinato, y prefiero atender a lo que no debemos perder de vista: las enseñanzas jurídicas, históricas y políticas con las que Tomás y Valiente contribuyó a edificar nuestro Estado de Derecho.

Hay en la vida de Tomás y Valiente otro 14 de febrero crucial, que no es el de su muerte en 1996, sino el de su nacimiento a la vida del Estado 16 años antes, al ser elegido ese día magistrado del Alto Tribunal. Desde esa responsabilidad, y más aún durante sus mandatos como Presidente de la institución, protagonizó una etapa inaugural de nuestra democracia en la que sucesivas interpretaciones de la Carta Magna sacaron a ésta de los anaqueles jurídicos para llevarla a la convivencia cotidiana de los ciudadanos. Así, contribuyó a dar vida a nuestra norma fundamental aclarando múltiples aspectos y considerando distintos puntos de vista, pero desde la certeza siempre de que la Constitución reúne todos los elementos necesarios para colmar las aspiraciones de los españoles, ya que estos han depositado en ella lo más razonable de sus pretensiones.

La vigencia de su figura consiste en haber sido un hombre de Estado prudente y atinado. Y es que, en el inmenso caudal de medida y buena voluntad que brota de la Constitución, veía Francisco Tomás y Valiente todo cuanto se necesita para avanzar en el perfeccionamiento de nuestra democracia, y era consciente de que la nuestra dispone ya de los medios y la legitimidad suficientes para satisfacer los derechos fundamentales de los ciudadanos. Fue un ávido explorador de la geografía jurídica, que, por serlo, descubrió que dentro de los límites constitucionales se extienden campos de libertad más vastos y fértiles que en el terreno baldío que pueda quedar fuera de ellos. Seguramente por eso, porque dedicó muchas horas a cultivar las tierras del consenso constitucional, aguardando pacientemente sus frutos, se mostró convencido de que dentro de la Constitución podemos dirimir de modo

equitativo y ordenado todas las diferencias, desde el respeto escrupuloso, eso sí, a la moderna noción de ciudadanía.

Se ha dicho que su constitucionalismo es producto directo de su identificación con la opción constituyente forjada durante la Transición. No sería raro, porque él mismo vivió intensamente ese período, al tiempo que rehuyó toda notoriedad. Tanto es así, que en alguna ocasión lamentó el "excesivo protagonismo" del Tribunal Constitucional en la vida pública. Claro que, en esa queja, además de modestia, trasluce una convicción: que los principios básicos del Estado no deben estar sometidos constantemente a debate, sino sustentar con naturalidad el normal desarrollo de la vida nacional. La suya, en todo caso, es una figura de primer orden, y, puestos a recuperar nuestra memoria histórica, haremos bien en empezar por el tiempo y los valores asociados a esta parte de nuestro pasado.

Su asesinato marcó un hito en la movilización social contra el terrorismo. Esa respuesta, cuya vitalidad permanece intacta, es un síntoma de la salud cívica de nuestro país, y debe ser referencia para aquellos que desde las instituciones del Estado tenemos la responsabilidad de ejercer ese principio de resistencia constitucional que Tomás y Valiente creía que debemos oponer a los terroristas. Por eso, con la tranquila firmeza que nos proporciona la legitimidad del Estado, y sin necesidad de alzar la voz más de lo que la razón precisa, debemos enviar a los asesinos y a sus auxiliares el único mensaje que estos pueden recibir de nosotros, en todo tiempo y situación, porque siempre será justo, útil y oportuno. Es el mensaje que, uniendo a los demócratas de una u otra ideología, nos distingue de ellos, y que Quico Tomás y Valiente resumió en las palabras que, sin rencor, pero con nítida conciencia de su necesidad, les dirigió desde la Puerta del Sol: "Somos más, somos mejores y somos más fuertes". No por vanidad, no por intransigencia, no por afán de buscar el enfrentamiento, sino, sencillamente, porque ésas son las señas de identidad en torno a las cuales podremos encontrarnos aquellos que amamos la vida, incluso a la hora de atraer a nuestro campo a los que un día optaron por la muerte.

Ése es, en fin, el mejor homenaje que podemos rendir a Don Francisco Tomás y Valiente, hombre bueno, tranquilo y moderado, y yo estoy seguro de que todos vamos a estar a su altura.

Muchas gracias.